

RECUERDOS Y OLVIDOS

Joaquín Leguina

Después de legalizar al Pc en la Semana Santa de 1977, Adolfo Suárez convocó las elecciones para el 15 de junio... y entré en la lista socialista por Madrid, aunque fui en un puesto irrelevante. Pero aquella larga campaña electoral que viví “en primera línea de playa” fue lo más novedoso, aleccionador y placentero que me haya pasado en mi ya larga vida política.

Comparada con las que se realizan actualmente, aquella campaña fue un maremágnum de improvisaciones, pero sobraba voluntad. Desorganización en el nivel intermedio en el que yo me movía, pero supongo que no tanta en el primer nivel, donde Alfonso Guerra, entonces Secretario de Organización, y sus más directos colaboradores manejaban ya criterios de profesionalidad sorprendentes entonces para mí.

Víspera de elecciones. Estoy en una sede del Psoe, concretamente en la segunda planta del número 24 de la calle Sagasta de Madrid. Un abogado –Pepe Beato o quizá Fernando Alberro- está explicando a interventores y apoderados lo que hay que hacer en el caso de que se presenten una serie de eventualidades que él va enumerando... y son tantas y tan escasos nuestros medios que

me voy poniendo nervioso, hasta tal punto que cuando el ponente solicita opiniones, me levanto y afirmo: “Estoy seguro de que mañana nos van a dar un pucherazo”. Todas las miradas se vuelven hacia mí, perplejas. Saltan murmullos de intranquilidad y en medio de ellos se levanta la poderosa humanidad de Peces-Barba (que no sé por qué está allí, pues encabeza la lista socialista de Valladolid) y con voz templada y segura nos tranquiliza: “Es lógico que el compañero esté preocupado, pero ya veréis cómo todo saldrá bien. Nadie va a dar un pucherazo. Es imposible con presidentes de mesa elegidos por sorteo y nuestros interventores allí vigilando... –e insiste-: Todo irá bien, tranquilos”. Cuando concluye la reunión, más de uno se acerca para palmearme el hombro y repetir: “tranquilo, tranquilo”. Y aparento estarlo, pero la mosca sigue, teme, detrás de mi oreja.

El día 15 de junio, al cerrarse las urnas, me acerco a un colegio en el Distrito de Chamberí, el Rufino Blanco, para seguir el escrutinio. No era, ni es, un barrio propicio a la izquierda y allí estaba, como apoderado del Pc, un compañero de la Facultad donde ambos ejercían en calidad de profesores. Estábamos charlando los dos cuando se presentó un grupo de jóvenes comunistas que, según dijeron, venían de Vallecas. Pensaron que yo era de la cuerda, así que comenzaron a desgranar quejas a causa de los resultados que el Pc estaba obteniendo en aquel barrio del sur. Estaban tristes, y una de las chicas lloraba. “¿Pero qué ha pasado?”, preguntó el profesor. “Pues

que *los nuestros* –contestó la joven entre hipidos—se han puesto a votar, como locos, a los socialistas”.

En efecto, la dispersión de propuestas, la “sopa de letras”, como se llamó entonces, se aclaró con las elecciones y el espacio político de la izquierda cayó muy mayoritariamente del lado socialista, mostrando un Psoe fuerte en el área mediterránea (Cataluña, País Valenciano y Andalucía), también en las zonas industriales y en las grandes conurbaciones. Las esperanzas del Pc se habían venido abajo y las de la derecha del “franquismo renovado” (Fraga y sus “magníficos”) también. La apuesta del nuevo Psoe, en busca de un amplio espacio político que consideraba suyo, se saldó con éxito... aunque las elecciones las ganó la Ucd de Adolfo Suárez.

Un par de días antes de las elecciones de 1977, Miguel Muñiz, que entonces trabajaba de economista en Telefónica, me llamó para que cenáramos los dos con Fuentes Quintana, Luis Ángel Rojo y José Luis Leal en el restaurante que entonces había en el Torres Blancas, el edificio que Sáenz de Oiza había levantado en la Avenida de América.

Escuchamos sus argumentos, que intentaban llamar nuestra atención acerca de la necesidad de un acuerdo nacional “ganara

quien ganara las elecciones”. Seguramente sobrevaloraban la influencia que pudiéramos tener nosotros cerca de Felipe González, a quien ellos se referían con frecuencia, pero el déficit público, la necesidad de una reforma tributaria, el peligro de una desbocada inflación y la inaplazable moderación salarial nos sonaron a música conocida... y asumible.

En cualquier caso, como miembros de un equipo informal de asesores -que había montado Felipe bajo el impersonal nombre de Grupo de Economistas- informamos a nuestro jefe con puntualidad del mensaje recibido. “Supongo que es eso lo que quiere Suárez”, comentó Felipe.

El discurso económico que nos habían colocado Fuentes, Rojo y Leal durante la cena en Torres Blancas se concretó pronto. Suárez nombró al primero de ellos Ministro de Economía. A su impulso se debió la carta que el Presidente del Gobierno envió a los distintos líderes políticos que habían obtenido alguna representación parlamentaria. En ella los invitaba a una reunión en la sede de la Presidencia para abordar juntos los problemas económicos del país.

Felipe González se dirigió al “Grupo de Economistas” para pedirles que le indicaran quién debía acompañarlo a la reunión. Ellos

(Joaquín Almunia, Julián Campo, Baltasar Aymerich, Luis Carlos Croissier, Julio Rodríguez...) dieron mi nombre.

Felipe González no estaba convencido de que aquella oferta de consenso en torno a unas medidas económicas y sociales –que luego recibió el nombre de Pactos de la Moncloa- pudiera beneficiar las aspiraciones electorales del Psoe. Temía que entre Carrillo y Suárez hubiera algo más que una buena amistad, que se tratara de una “pinza” en la cual al Psoe le tocaba el papel del jamón dentro del bocadillo. Pero “vamos a ir a la reunión con voluntad de acuerdo”, eso nos dijo.

Entré por primera vez en el Palacio de la Moncloa acompañando en su coche a González. Aquel edificio había sido durante la batalla de Madrid el cuartel general de Kléber, el general de las Brigadas Internacionales. Kléber (era el nombre de un revolucionario francés del siglo XVIII) fue el adoptado por el ruso Manfred Stern durante la guerra de España. El edificio quedó destruido en noviembre de 1936 y lo reconstruyeron en la post-guerra con materiales de dudosa calidad.

La reunión tuvo lugar en torno a una larga mesa que habían colocado en un salón con vistas al jardín y a la cercana Casa de Campo. Una vez sentados en derredor, Suárez nos dio la bienvenida y señaló los objetivos generales que se proponía alcanzar. Luego tomó la palabra Fuentes Quintana y desgranó un discurso económico muy

parecido al de la cena en Torres Blancas. Enrique Fuentes soltó la teórica, pero el resto de las sesiones permaneció prácticamente en silencio, dejándose relevar por Fernando Abril Martorell, que fue quien llevó el peso de aquella reunión y de las que siguieron.

Yo estaba sentado al lado de Felipe González y bien sabía que éste no necesitaba de mis conocimientos, aunque, cuando llegó el momento de tratar los asuntos estrictamente económicos, me cedió el turno con una frase muy suya: “Anda, diles algo”.

A media mañana, Suárez interrumpió la reunión para anunciar el asesinato a manos de Eta del Presidente de la Diputación de Guipúzcoa. Es fácil imaginar cómo cayó la noticia entre los allí reunidos y Manuel Fraga, que era amigo de la víctima, puso el grito en el cielo.

Antes de suspender la sesión para comer, Suárez anunció que durante la tarde abandonaría la reunión, pues tenía que recibir al Almirante Massera, miembro de la Junta Militar argentina que, por entonces, asolaba aquel país. Pocos días antes, había recibido yo la noticia de que Emilio de Ipola, un profesor argentino a quien yo había conocido en París y reencontrado en Chile, había sido detenido por los militares en Buenos Aires y -tal y como estaban allí las cosas- era fácil predecir qué destino le esperaba.

Mientras dábamos cuenta de unas lubinas -con los platos apoyados sobre las mesillas del salón o sobre las rodillas- se lo comenté a Felipe González. “Cuéntaselo a Suárez; él hará lo que pueda, ya lo verás”. Me acerqué a Suárez y le conté la historia. Me pidió que le diera una nota con el nombre y prometió ocuparse de ello. No hubo más comentarios, pero pocos días después los militares argentinos soltaron a Emilio de Ipola.

Los Pactos de la Moncloa consiguieron los objetivos de estabilidad que el Gobierno buscaba. La inflación comenzó a remitir y las reivindicaciones laborales se atemperaron. Pero los Pactos tuvieron un efecto más profundo: prepararon el consenso nacional que había de concretarse año y medio más tarde con la aprobación en referéndum de la Constitución.

De aquellos primeros años de la Democracia recuperada, que luego se llamó Transición, durante los cuales fui actor, aunque lo fuera secundario, recuerdo con alegría, sobre todo, a los nuevos amigos, un capital personal que salió, casi todo él, de las filas del Psoe, y también los cambios políticos que se produjeron no sólo en el exterior sino también en la conciencia de las personas.

Abandonada tiempo atrás la revolución, nos quedaban las reformas que estaban destinadas a cambiar España, eso creíamos, ... y

a nosotros nos había tocado el mayor Ayuntamiento del país. Llegamos allí con hambre de balón, aunque no lo teníamos fácil, dadas las condiciones financieras deplorables en que encontramos las arcas municipales, pero entusiasmo no nos faltó... y tampoco ingenuidad. Pero quiero pensar que algo hicimos, como fue iniciar un nuevo plan general, aprobar un plan especial para proteger el patrimonio inmobiliario (cuando llegamos, casi la mitad de las casas construidas con anterioridad a 1950 en la almendra central de la ciudad habían iniciado un expediente de ruina, lo cual les permitía echar a los inquilinos de renta antigua y construir sobre los solares una vez derribadas las casas). En fin, cambiamos, con la ayuda del Gobierno, el sistema de financiación. Se recuperaron los festejos, se copió lo que se supo y pudo de las ciudades europeas que mejor funcionaban... Y si me atrevo a realizar este panegírico es porque estoy seguro de que ningún libro de Historia lo va a reseñar ni en una nota a pie de página.

Recordaré a este propósito nuestros sueños urbanísticos que, esos sí, estoy seguro, pasarán a la Historia, precisamente por su frustración. Ideas a las que me atuve cuanto me fue posible allí donde he tenido algún poder. Primero en el Ayuntamiento y más tarde en la Comunidad de Madrid. Creí –y creo- en aquellas ideas y confié en quienes con más solvencia profesional que yo las sostenían, como eran Eduardo Mangada y sus colaboradores.

Recuerdo bien mis primeros viajes juveniles hacia el Mediterráneo: a Valencia, Alicante... y ver allí el embrión de los destrozos del litoral, que comenzaban con saña... pero todos le echábamos la culpa al franquismo y a sus desmanes. “Cuando, al fin, llegue la Democracia, se evitarán estas tropelías”, nos decíamos. Y llegó la Democracia y muchos nos pusimos a la tarea de aplicar la razón en el desarrollo del suelo edificable. Creo que aquellas políticas se mantuvieron bajo gobiernos municipales de izquierdas algún tiempo, pero luego perdimos los gobiernos o, más a menudo, muchos perdieron la vergüenza y hoy, si “los de entonces” viajáramos al litoral o, sin ir más lejos, tomáramos cualquiera de las autovías radiales que parten de Madrid no tendríamos que fijarnos mucho en el paisaje para ver “nuestros sueños rotos”, los destrozos que tanto los gobiernos (municipales y autonómicos) de derechas como los de izquierdas han realizado con tenacidad nada encomiable dentro de un “nuevo consenso”: el del pelotazo urbanístico. Una política tan depredadora como corruptora.

Pero tampoco faltaron entonces los miedos. Por ejemplo, ante los militares que en febrero de 1981 asaltaron el Congreso mientras se estaba eligiendo a Calvo Sotelo, que iba a sustituir a un Adolfo Suárez -quien fue motor de un cambio político sin precedentes en la España contemporánea- y que había dimitido por sorpresa.

Aquella tarde de febrero, rumiando la rabia, pensé: “Ya están estos salvajes otra vez”. Salí del Ayuntamiento en cuanto se oyeron por la radio los primeros gritos de “¡Todos al suelo!” con una idea fija: sacar de la sede (entonces en la calle de Tomás Bretón, cerca de la cárcel de mujeres de Yeserías) los archivos donde estaban los nombres y las direcciones de todos los afiliados y cerrar la sede.

Pronto se intuyó que el golpe era parcial, pues los carros de combate sólo salieron a las calles en la ciudad de Valencia. Volví al Ayuntamiento pasadas ya las diez de la noche y allí seguían los concejales del equipo gobernante, con Alonso Puerta y Pepe Barrionuevo en sus despachos, mientras don Enrique Tierno, el Alcalde, y Ramón Tamames, que eran diputados, permanecían secuestrados en el Congreso.

Durante la noche hablé varias veces con Ricardo Pérez Casado, que era entonces Alcalde de Valencia. También él estaba en el Ayuntamiento, y lo escuché tranquilo y optimista... como acabamos por estarlo todos cuando el Rey apareció en la pantalla de Televisión Española vestido con el uniforme de Capitán General para aclarar la situación, dando una inyección de calma y optimismo a la inmensa mayoría de los españoles que no estaban por la labor de otra aventura militar en un país que caminaba a grandes trancos hacia una Europa desarrollada y democrática.

Quiero pensar que fue la necesidad de cambiar los comportamientos del Ejército hacia otros en consonancia con una España moderna lo que impulsó al recién investido Presidente, Leopoldo Calvo Sotelo, y a su Ministro de Exteriores, José Pedro Pérez Llorca, a iniciar las negociaciones para entrar sin demora en la Otan. Debieron de pensar que unas Fuerzas Armadas pertenecientes a una organización político-militar occidental, es decir, democrática, tenderían a civilizarse... y sus mandos se verían obligados a aprender, entre otras cosas, el idioma inglés, que buena falta les hacía, pues ya era hora de olvidarse de las cabilas del Rif y de la batalla del Ebro. Y si eso fue lo que pensaron, era una buena idea. Pero Felipe González no tenía esa opinión y, ya fuera por distanciarse de un Gobierno, el de Ucd, políticamente agotado, ya fuera porque pensaba que lo de la entrada en la Otan era una buena baza negociadora, un toma y daca para entrar a la vez en la Unión Europea, el caso fue que se opuso a la negociación y lo hizo con fuerza... metiéndonos en un jardín del que costó salir. Primero fue la consigna “Otan, de entrada no”, que contenía una cierta ambigüedad: “de entrada no, pero luego ya veremos” y, más tarde, una muy precisa promesa electoral: la de realizar un referéndum acerca de la permanencia o no en la Otan. Promesa que todo el mundo interpretó como que el Psoe, si ganaba las elecciones, “nos sacaría de entre las garras yanquis para llevarnos al paraíso de la neutralidad”. Un paraíso –de eso estoy seguro- en el

que González nunca creyó. Más cercano a Billy Brandt que a Olof Palme, Felipe González había dejado ya muy claro de qué lado estaba: “Prefiero correr el riesgo de morir de un navajazo en el Metro de Nueva York que vivir sin libertad alguna en Moscú”, había dicho.

Recuerdo con horror aquel maldito referéndum, que se celebró en 1986. Porque si malo era ponerse colorado cambiando del *No* a la Otan al *Sí* a la Organización del Atlántico Norte, peor fue pechar con Fraga y su Alianza Popular que, en un ejercicio espectacular de oportunismo, decidió llamar a la abstención en el referéndum, como si la pertenencia o no de España a la Otan no fuera con ellos. Con ellos, que eran más atlantistas que el Atlántico.

El referéndum estuvo perdido durante toda la campaña y si al final se ganó fue por el miedo al vacío, un vacío que González consiguió mostrar al preguntarse ante la televisión: “Si gana el *no*, ¿quién lo va a gestionar?”.

Hasta aquí mis recuerdos, pero debo hacer –para concluir– alguna mención a los olvidos o, con más precisión, a las tergiversaciones que han venido –paradójicamente– de la mano de la “memoria histórica” y a propósito de una ley clave para el proceso de la transición. La ley 46/1977, conocida como Ley de Amnistía. A la

cual los revisionistas actuales han descalificado, pues lo único que trajo, según ellos, fue “un pacto de silencio” y “la impunidad para los crímenes del franquismo”. En otras palabras, que fue “una bajada de pantalones”. Y yo creo que es hora de plantar cara a tanta descalificación y a tanteo disparate. Lo han hecho –desde luego- los historiadores serios. Oigamos a uno de ellos, Santos Juliá, que ha escrito a este propósito lo siguiente:

»Hubo amnistía, pero precisamente porque se recordaba demasiado bien aquel pasado sucio y se decidió *echarlo al olvido*, no utilizarlo políticamente, aceptando la responsabilidad de todos. Sobre Guerra Civil y franquismo hubo, a lo largo de aquellos años, libros académicos y de divulgación, memorias, artículos, coloquios, películas, novelas, exposiciones; hubo exhumaciones de fosas, difundidas en revistas de gran tirada. Y ahora, sin embargo, hay autores que proclaman ser los primeros en hablar de estos temas, que eran desconocidos para los españoles porque estaba prohibido investigar o publicar sobre ellos. Al revés. Todos los recordaban, se referían a ellos sin parar. Pero como modelo negativo”.

El mismo día en que se abrieron las nuevas Cortes (1977), Santiago Carrillo, como Secretario General del PCE, opinó que aquellas Cortes recién elegidas tenían como primer objetivo el de “culminar el proceso de reconciliación de los españoles con una amnistía para *todos los delitos de intencionalidad política*”.

Marcelino Camacho, portavoz del grupo comunista en aquel debate, habló de la amnistía como pieza capital de la política de reconciliación: “Los comunistas, dijo, que tantas heridas tenemos, que tanto hemos sufrido, hoy estamos resueltos a marchar hacia delante por la vía de la libertad, de la paz y del progreso. Hoy no queremos recordar ese pasado, porque hemos enterrado a nuestros muertos y nuestros rencores”.